

tica de nuestro tiempo y, de un modo u otro, apuntan a los diversos ámbitos de la vida, del pensamiento, de la comunicación... y sobre todo del ser persona en tensión constante hacia la consecución de la meta que tiene a Jesucristo como Alfa y Omega. Hacer cultura en esta dirección supone ya una respuesta a las expectativas de la *Gaudium et spes* cuando afirmaba que «es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallen unidas estrechísimamente» (n. 53).

Libro recomendable, por tanto, a todo aquel que desee adquirir una mayor y más honda conciencia del Concilio Vaticano II. Asimilar interiormente el Concilio, recorrer vitalmente los caminos que abre, afirmar y poner en práctica lo que ha actuado son propósitos a cuyo servicio se han escrito las páginas de este libro.

Félix María Arocena

Joseph RATZINGER, *La belleza. La Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 47 pp., 18 x 11, ISBN 84-7490-803-5.

Se trata de dos breves pero intensos y significativos textos del entonces cardenal Ratzinger, donde expone dos de sus grandes pasiones. En el primero de ellos titulado *El sentimiento de las cosas, la contemplación de la belleza* (2002) se proponían algunos principios de la estética cristiana. Comienza Ratzinger su exposición al hacer referencia a la belleza de Cristo, «el más hermoso entre los hijos de los hombres» (Sal 45,2), que decide perderla aparentemente en la cruz, hasta el punto de hacer exclamar al profeta: «¡no hay en Él parecer ni hermosu-

ra!» (Is 53,2). Estamos por tanto ante una belleza que trasciende la meramente física, y que conlleva profundas consecuencias. Es una belleza distinta y más sublime: la de la verdad y del amor. «En Él aparece sobre todo la belleza de la verdad, la belleza de Dios que nos atrae hacia sí y —al mismo tiempo— nos concede la herida del Amor, la santa pasión (*eros*) que nos hace ir al encuentro —junto a y en la Iglesia Esposa— del Amor que nos llama» (pp. 13-14).

Tras citar a Balthasar y a algunos autores de ámbito oriental (Cabasilas, Evdokimov), se proponía ahí el encuentro con la belleza como la mejor ayuda para la búsqueda de la verdad por medio de la razón. La intuición sensible de lo bello será plenamente complementaria al conocimiento racional de lo verdadero. Por eso la belleza tiene un lugar en la fe. «He afirmado con frecuencia que estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de la verdad, es —por un lado— la belleza [de la vida] de los santos y, por otro, la que la fe ha generado» (p. 19), es decir, la del arte cristiano. Es belleza armonizada con la verdad, es más, contiene también la belleza de la verdad, contraria a una «belleza mentirosa, falsa, deslumbrante». Por eso la misión actual del arte cristiano es no solo luchar contra el feísmo, sino también contra esta falsa belleza. «¿Qué belleza salvará el mundo?», se preguntaba el entonces prefecto con Dostoievski. Solo la belleza redentora de Cristo. «Si conocemos a Cristo no solo de palabra, sino que nos hiere el dardo de su paradójica belleza, obtendremos el conocimiento verdadero de Él y llegaremos a conocer de Él no solo por medio de otros» (p. 22).

El segundo texto sobre la Iglesia se titula *Una compañía siempre reformable*

se remonta al *meeting* de Rímini de 1990. Este texto adquiere una mayor importancia tras ser elevado el teólogo alemán al solio pontificio. Comienza por tanto afrontando el problema de la impopularidad de la Iglesia por su presunta animosidad contra la libertad. Por eso, es obligada una reforma de manera que la Iglesia recobre su credibilidad en el mundo actual, sigue diciendo. Así, se describe una «falsa reforma» en la que «somos nosotros los que “hacemos” la Iglesia, y la hacemos siempre nueva» (p. 29). En este tipo de reforma el elemento humano y los ideales supuestamente democráticos ocupan un protagonismo central y casi exclusivo. Frente a esta, proponía Ratzinger una «verdadera reforma» en la que se eliminan las estructuras e instituciones caducas, a la vez que se mantiene lo esencial e irrenunciable, que se contiene a su vez en la misma fe. Es ésta una continua y eficiente renovación. Para esto se requiere unir —una vez más— acción y contemplación, de modo que se pueda superar un superficial y activista «compromiso eclesial». «No tenemos necesidad de una Iglesia más humana, sino de una Iglesia más divina; solo entonces será verdaderamente humana» (p. 36).

Tras esto, concreta las «reformas» concretas que han de hacerse en primer lugar en la Iglesia. En primer lugar, el perdón y la conversión. «Perdón y penitencia, gracia y conversión personal no son contradictorias, sino que son dos caras del mismo y único acontecimiento. Esta fusión de actividad y receptividad expresa la forma esencial de la existencia humana» (p. 39). Así se establece una dinámica circular de «moral-perdón-expiación», que quita los obstáculos a la acción divina, la verdadera acción en la Iglesia. Más adelante, al hablar del sufrimiento, el martirio y de la alegría de la redención, se refería el cardenal pre-

fecto de igual manera a la Iglesia *in patria*. «Los santos son la verdadera y determinante mayoría que nos orienta. Es a esta Iglesia a la que nos atenemos» (p.43). Se refiere por último a la necesidad del dolor para entrar en perfecta comunión con Cristo, además de ser una irrenunciable dimensión humana. Solo en Cristo, se resuelve esta cuestión de modo definitivo y convincente. Perdón y penitencia, dolor y alegría: en esto consiste la plena comunión con Jesucristo y el fundamento —desde nuestro punto de vista— de la «verdadera reforma» en la Iglesia, según Joseph Ratzinger. Unas sobrias pero interesantes propuestas en el panorama eclesial y teológico actual.

Pablo Blanco

José RICO PAVÉS, *Los Sacramentos de la Iniciación cristiana. Introducción teológica a los Sacramentos del Bautismo, Confirmación y Eucaristía*, Instituto Teológico San Ildefonso («Colección manuales»), Toledo 2006, 557 pp., 17 x 24, ISBN 84-934253-9-7.

Primer manual de la *Colección de manuales* del Instituto Teológico San Ildefonso de Toledo, este libro representa la puesta en práctica de las intenciones de dicha colección, tal como encontramos en *Toletana*, 15 (2006) 331-334, en donde se establecen los criterios de un *lenguaje sencillo, estructura clara, contenido esencial y manejo fácil*, integrando en sus textos dos referencias fundamentales: la Liturgia y el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Esta pretensión recibe una original realización en su primer manual, donde podemos apreciar las ventajas de una nueva perspectiva: no se trata de un manual de «Bautismo y Confirmación» o de «Eucaristía», sino un *Manual de Iniciación*